

Capítulo 1

Torbellinos de niebla velaban las cumbres de los montes y luego reptaban hacia la espesura del bosque, dejando a su paso una capa blanca y angosta entre los árboles cargados de nieve. Unas manchas de nieve profunda ocultaban vida por debajo de los cristales de hielo y a lo largo de las orillas del arroyo. Los arbustos y los campos de hierba se alzaban como esculturas congeladas en el tiempo. La nieve proyectaba sobre el mundo un reflejo azul. El bosque, de cuyos árboles colgaban carámbanos, y el arroyo, con sus aguas congeladas en formas caprichosas, parecían parte de un mundo inquietante y extraño.

El cielo nocturno, diáfano y frío, brillaba con su manto de estrellas, y una luna reluciente en toda su plenitud derramaba su luz argéntea sobre el suelo congelado. Unas sombras silenciosas se deslizaban entre los árboles y los arbustos recubiertos de blanco, moviéndose con absoluto sigilo. Sus patas anchas iban dejando huellas en la nieve, de unos quince centímetros de diámetro. Avanzaban en fila india, dejando un rastro que serpenteaba entre los árboles y la masa tupida de arbustos.

A pesar de su aspecto saludable y de la fuerza que se adivinaba en los músculos de acero estirándose bajo el grueso pelaje, los lobos tenían hambre y necesitaban alimentarse para mantener a la manada viva durante el largo e inclemente invierno. De pronto, el macho

alfa se detuvo y se quedó muy quieto. Olisqueó el sendero a su alrededor y alzó el morro como si oliera la esencia del viento. Los otros se detuvieron, sólo fantasmas, sombras silenciosas que enseguida se desplegaron. El macho alfa avanzó, con el viento a favor, mientras los demás se agazaparon y esperaron.

A un metro de distancia, había un trozo de carne cruda en medio del sendero. Era carne fresca, y su olor, un olor tentador, no tardó en llegar al lobo. Con pasos cautelosos, éste dio una vuelta en torno a la carne, oliendo para detectar algún posible peligro. Al no oler nada más que la carne, con el hocico salivando y las tripas vacías, volvió a acercarse, con el viento a favor, inclinándose hacia el succulento trozo de carne salvadora. Se acercó tres veces y volvió a retroceder, pero no captó nada que señalara peligro. Cuando volvió a olisquear una cuarta vez, algo se deslizó alrededor de su cuello.

El macho alfa dio un salto hacia atrás y el cable se tensó. Cuanto más se resistía, más se le estrechaba y le cortaba la piel, asfixiándolo y rebanándole el cuello. La manada se desplegó en un círculo, expectante, y la hembra se lanzó en su ayuda. Pero ella también empezó a revolcarse cuando un segundo cable se cerró en torno a su cuello y casi la tumbó.

Durante un momento, se produjo un silencio pesado, roto sólo por el jadeo de los dos lobos atrapados. Una rama del árbol se quebró, y la manada se apartó bruscamente y se disolvió, transformándose en sombras huidizas que volvían hacia la espesura del bosque. Los arbustos se abrieron y una mujer apareció en medio del claro. Calzaba unas botas negras de invierno y llevaba unos pantalones negros que le llegaban casi a la cintura, y una chaqueta negra de cuero sin mangas que le dejaba al descubierto una parte del vientre, abrochada en el medio por tres hileras de brillantes hebillas de acero, cuya función era sobre todo ornamental, con una cruz engastada en cada una de ellas.

La mujer tenía una espesa cabellera negra azabache que le llegaba hasta más abajo de la cintura, recogida en una gruesa trenza. El largo abrigo con capucha que llevaba, confeccionado con lo que parecía una única piel de lobo plateada, le llegaba casi hasta los tobillos. Sostenía una ballesta en una mano, una espada que le colgaba

del cinto a un lado de la cadera y un cuchillo del otro. En un carcaj que asomaba por detrás del hombro llevaba el haz de flechas y en el interior del largo abrigo de piel de lobo varias presillas alojaban diversas armas de acero cortante. En una funda ajustada a media pierna y adornada con hileras de puntas de flecha muy pequeñas, planas y afiladas como navajas, llevaba una pistola.

Se quedó un momento quieta observando detenidamente la escena.

—Quedaros quietos —ordenó, con un silbido de voz y una mezcla de autoridad y contrariedad.

En cuanto oyeron la orden, los dos lobos dejaron enseguida de moverse y se quedaron expectantes, temblando y jadeando, con la cabeza apuntando hacia abajo para aliviar la horrible presión del cable que les apretaba el cuello. La mujer se movió con una especie de fluida elegancia, flotando sobre la superficie en lugar de hundirse en la nieve quebradiza. Se quedó mirando las trampas, que eran varias, con una mirada de profundo desagrado en sus ojos oscuros.

—Ya han hecho esto antes —dijo, con un gruñido—. Ya os lo había enseñado, pero vosotros habéis sido demasiado ávidos, de las ganas que teníais de haceros con un trozo de carne fácil. Debería dejar que perezcáis aquí, en medio de una lenta agonía. —Mientras reñía de esa manera a los dos animales, sacó unas gruesas cizallas del interior de su abrigo y cortó los cables para liberar a los lobos. Introdujo los dedos por debajo, tanteando la piel y las profundas heridas en el cuello y luego dejó descansar la mano sobre los cortes, al tiempo que entonaba un suave cántico. De su mano brotó una luz blanquecina que iluminó el pelaje de ambos animales.

—Con eso os deberíais sentir mejor —dijo, y en su voz se coló un dejo de cariño mientras les acariciaba las orejas a los dos.

El macho alfa soltó un gruñido de advertencia y su compañera enseñó los colmillos. Los dos miraban en dirección contraria a la mujer. Ella sonrió.

—Lo huelo. Es imposible no captar el hedor de los vampiros.

La mujer se giró y miró hacia atrás por encima del hombro. Vio al macho alto y poderoso que aparecía del interior del tronco retor-

cido y sin corteza de un abeto. El tronco se abrió por el medio hasta casi partirse en dos, ennegrecido y con la corteza despegada. Las agujas de las ramas se marchitaron en cuanto el árbol expulsó de sus profundidades a aquella criatura venenosa. Cayó una lluvia de cárambanos como pequeñas lanzas cuando las ramas se estremecieron y sacudieron, temblando por el contacto con la odiosa criatura.

La mujer se enderezó con un gesto elegante y se giró para enfrentarse a su enemigo, al tiempo que con una señal conminaba a los lobos a volver a camuflarse en el bosque.

— Veo que has recurrido a las trampas para atrapar a las víctimas que te dan sustento, Cristofor. ¿Acaso te has vuelto tan lento y repugnante que eres incapaz de engañar a los humanos para que te sirvan de alimento?

— ¡Ejecutora! — La voz del vampiro era ronca y parecía oxidada, como si no estuviera acostumbrado a usar las cuerdas vocales—. Sabía que si atraía a tu manada, tú también vendrías.

La mujer alzó las cejas.

— Es una bonita invitación, Cristofor. Te recuerdo en los viejos tiempos, cuando eras joven y todavía tenías algún atractivo. Te he dejado en paz en aras de esos viejos tiempos, pero ahora veo que deseas probar el dulce sabor de la muerte. Si así lo quieres, viejo amigo, que así sea.

— Dicen que nadie puede acabar contigo — dijo Cristofor—. Es la leyenda que persigue a todos los vampiros. Nuestros líderes han dicho que te dejemos en paz.

— ¿Vuestros líderes? ¿Eso quiere decir que te has unido a ellos, que os habéis unido contra el príncipe y su pueblo? ¿Por qué buscar la muerte si tenéis planes para gobernar todos los países? ¿El mundo entero? — preguntó, y rió por lo bajo—. A mí me parece que es una pretensión absurda, y un trabajo muy duro. En los viejos tiempos vivíamos sencillamente. Eran días felices. ¿Acaso no te acuerdas de aquellos días?

Cristofor se quedó mirando su rostro perfecto.

— Cuentan que te armaron trozo a trozo, una tira de piel tras otra y, sin embargo, conservas tu cara y tu cuerpo de antaño.

Ella se encogió de hombros. No permitiría que las imágenes de aquellos años oscuros volvieran a su mente, con todo el sufrimiento y el dolor (en realidad, la agonía), cuando se negó a perecer y tuvo que permanecer en las entrañas de la tierra, despojada de la carne, expuesta a los insectos rastreros que abundaban en la tierra. Conservó una expresión serena, sonriendo, si bien interiormente el resorte se mantenía vivo en ella, preparada para saltar a la acción.

—¿Por qué no te unes a nosotros? Tienes más motivos que cualquier otro para odiar al príncipe.

—¿Unirme a quienes me traicionaron y mutilaron? No lo creo. Estoy preparada para librar batalla ahí donde sea necesario —dijo, y flexionó los dedos bien protegidos por unos guantes delgados y ceñidos como una segunda piel—. En realidad, no deberías haber tocado a mis lobos, Cristofor. Me dejás escasas alternativas.

—Quiero tu secreto. Dámelo y te dejaré vivir.

Ella respondió con una sonrisa, una bella sonrisa por donde asomaban sus dientes pequeños y blancos como perlas. Sus labios rojos y carnosos, ligeramente curvos, brillaban con un toque provocador y sensual. Inclino la cabeza a un lado y paseó la mirada por la cara del vampiro, como ponderándolo atentamente.

—No tenía ni idea de que te habías convertido en un ser tan ridículo, Cristo —dijo, llamándolo por el nombre que solía usar cuando eran niños y jugaban juntos. *Hace mucho tiempo*. Cuando el mundo tenía sentido—. Soy la ejecutora de vampiros. Tú me has llamado con tus trampas —continuó, agitando una mano con gesto despectivo—, ¿y tú crees que tu presencia debería intimidarme?

Él le sonrió con una mueca perversa y maliciosa.

—Te has vuelto arrogante, ejecutora. Y descuidada. No tenías ni idea de que la trampa era para ti y no para tus preciosos lobos. No te queda más alternativa que darme lo que pido, o morirás esta noche.

Ivory se encogió de hombros y su abrigo largo y plateado se agitó como si estuviera vivo. En un momento, el abrigo revoloteó holgadamente alrededor de sus tobillos y, al instante siguiente, había desaparecido, se había fundido sobre su piel y dejado a la vista

los tatuajes de seis feroces lobos que adornaban su cuerpo desde el nacimiento de la espalda hasta el cuello, envolviéndose en torno a sus brazos como mangas.

—Que así sea —dijo, con voz queda, con la mirada fija en el vampiro.

Giró al tiempo que desenvainaba su espada y se lanzaba contra él. Saltó por encima de una roca cubierta de nieve para encumbrarse en el aire. Sintió el tirón de una trampa oculta que se apretaba en torno a su cuello y murmuró una imprecación por lo bajo cuando el nudo se cerró. Ya había empezado a disolverse en el aire, pero la nieve quedó salpicada por unas gotas brillantes de sangre de color carmesí.

Cristofor rió y se inclinó para recoger un puñado de nieve y lamer las gotas para saborear la rica y pura sangre carpatiana. Y no sólo pura, porque se trataba de la sangre de Ivory Malinov, que pertenecía a uno de los linajes carpatianos más poderosos. El vampiro siguió la huella roja, la vio cobrar forma a unos pocos metros, cerca de los árboles y soltó una risa aguda de satisfacción.

Ivory lo saludó enseñando dos dedos, al tiempo que se tocaba la delgada línea en el cuello. Se llevó uno a la boca y se lamió la sangre.

—Buen golpe. No lo vi venir, y ahora tendré que pedir disculpas a mis lobos por haberlos reñido. Pero te advierto, Cristo, si crees que tu socio allá en el bosque te ayudará después de atacar a mi manada de lobos, has subestimado la gravedad de tu aprieto.

Ivory volvió a lanzarse hacia adelante, al tiempo que extraía las pequeñas puntas de flecha y las disparaba a una velocidad y fuerza sorprendentes. Un reguero de puntas se clavó en el cuerpo del vampiro en una línea que iba desde el vientre hasta el cuello. El no muerto rugió e intentó mutar de forma. Desaparecieron sus piernas, que se convirtieron en vapor. La cabeza giró sobre su eje y desapareció. Del bosque emergió una bruma blanquecina y densa con la intención de ocultarlo, y un espeso velo rodeó su figura. El torso permaneció visible, y aquella línea recta y devastadora de flechas dejó expuesto su corazón.

La espada se hundió profundamente y, con el peso de Ivory,

sumado a la fuerza y al impulso de su carrera, le atravesó el pecho justo por debajo del órgano. El vampiro lanzó un chillido horripilante y de la herida brotó una sangre corrosiva como el ácido que crepitó al entrar en contacto con el metal y salpicó la nieve. El metal debería haber quedado carcomido, pero la capa protectora de la que se servía la guerrera la protegió y, a la vez, impidió que esa parte del vampiro mutara su forma. Ivory giró como en un movimiento de danza, sosteniendo la espada por encima de la cabeza y aún clavada en el pecho del vampiro, de manera que al girar cortó un trozo circular en torno al corazón.

Entonces retiró la espada y hundió la mano profundamente.

—Te he enseñado mi secreto —dijo, con un susurro de voz—. Ahora te lo puedes llevar a la tumba. —Extrajo el corazón y lo lanzó lejos, al tiempo que alzaba los brazos para descargar sobre él un rayo como una espada de luz.

El haz incineró el corazón y enseguida se descargó sobre el cuerpo hasta dejarlo totalmente consumido.

—Que encuentres la paz, Cristofor —murmuró Ivory. Inclino la cabeza y se apoyó en su espada. En sus ojos asomaron fugazmente unas lágrimas, muestra de dolor por la pérdida de aquel amigo de la infancia.

A esas alturas, eran muchos los que habían desaparecido, y de la vida que ella había conocido antaño quedaba nada o poca cosa. Respiró hondo, inhalando el aire fresco de la noche antes de limpiar su espada y borrar los rastros de la sangre del vampiro en la nieve. Recogió las ocho pequeñas puntas de flecha y las devolvió a las presillas de su funda. Extendió los brazos y volvió a quedar cubierta por la piel plateada. Los tatuajes se movieron y cobraron vida, se deslizaron nuevamente por su cuerpo hasta cubrirlo como un abrigo. Entonces dejó que la prenda larga de color argénteo se le ajustara lentamente al cuerpo antes de recoger sus armas y volver a cubrirse con la capucha. Enseguida se desvaneció en el aire y se mezcló imperceptiblemente con las volutas de niebla blanquecina.

Ivory se movió en silencio, percibiendo la energía hostil que despedía la manada. Eran blanco de un ataque y su manto de protec-

ción empezaba a debilitarse. En cuanto olisqueó la presencia del segundo predador, alzó a toda prisa un escudo sobre los lobos para defenderlos. Si aquella criatura no se hubiera mostrado tan precipitada y hubiera mantenido una posición con el viento a su favor, quizás habría conseguido exterminar a su manada de lobos salvajes. No podía volver a usar las mismas puntas de flecha contra él porque la sangre corrosiva del vampiro había disuelto el baño de metal con su sangre ácida. Después de clavarle las letales puntas y antes de que la sangre de su enemigo corroyera el metal y le permitiera mutar de forma, disponía de escaso tiempo para matarlo.

Avanzando entre los árboles, la ejecutora se mantuvo pegada al suelo y asumió la forma de una loba. Con su pelaje plateado, resultaría difícil distinguirla de los demás lobos de los alrededores mientras se deslizaba entre los árboles buscando al segundo vampiro. Se agazapó detrás de un árbol caído y observó a la criatura que lanzaba bolas de fuego contra los lobos. Los había arrinconado justo en la orilla del curso de agua, donde la capa de hielo era delgada y peligrosa. Ivory detectó las grietas que se multiplicaban sobre el fino escudo de protección, ahí donde el vampiro no dejaba de asestar sus golpes.

Respiró hondo, espiró y buscó aquel lugar en lo más profundo de sí misma, donde había quietud. Donde había determinación. Asumiendo una forma humana, se incorporó y se abalanzó contra el vampiro, disparando con su ballesta. Una vez más, apuntó al pecho. Le disparó cuando éste se volvió. La primera flecha le dio en la parte baja de la espalda, pero la segunda erró del todo. El vampiro respondió lanzándole una bola de fuego, que ella esquivó haciendo una voltereta y dejando que la bola le pasara por encima. Enseguida se incorporó y siguió corriendo, sin dejar de avanzar, disparando una flecha tras otra.

El vampiro aulló de ira, un aullido que cesó en cuanto una flecha se le clavó en la garganta. La manada de lobos se lanzó contra el escudo protector, desesperados por ayudarla, pero ella sabía que el vampiro los destruiría a todos. Por otro lado...

La ejecutora se sacudió de hombros y esta vez su abrigo de piel

de lobo salió despedido. La pesada prenda cayó abierta sobre la nieve, y la piel se estremeció como si estuviera viva. La capucha se estiró y alargó, y lo mismo ocurrió con las mangas, que se movieron y cobraron vida. Del cuerpo del abrigo brotaron tres formas diferentes, similares a las que se habían formado a partir de la capucha y las mangas. Ivory no esperó a que sus compañeros asumieran su forma habitual. Rodó por la nieve, se apoyó en una rodilla y disparó otras dos puntas aceradas al pecho del no muerto mientras éste se distraía ante la aparición de los seis lobos recién formados.

El vampiro lanzó una especie de silbido y en sus ojos apareció un fulgor rojizo de odio. Intentó mutar de forma, pero sólo sus piernas, vientre y cabeza asumieron la forma de una bestia armada hasta los dientes, dejando expuesto el corazón. Se dio cuenta de que estaba atrapado, pero consciente de que el efecto de la flecha que tenía en la espalda se debilitaba cuando el ácido de su sangre corría el metal. Se giró bruscamente, levantando una lluvia de nieve y una corriente de viento a su alrededor que lanzó hacia adelante y desató una tormenta cuando la nieve fue atraída por la fuerza del torbellino y luego lanzada hacia todos lados.

Era imposible ver al vampiro en el centro de la tormenta, pero los lobos dieron un salto para penetrar en el torbellino de nieve helada, guiándose por el olfato para saber dónde atacar y mordidiéndole los brazos y las piernas, mientras el macho alfa se lanzaba a la garganta para derribarlo. La ejecutora los siguió hacia el interior del círculo con el puñal en la mano, y se lanzó a la refriega. Uno de los lobos aulló y luego lanzó un grito desesperado cuando el vampiro le rasgó un costado con sus garras curvas y afiladas y lo lanzó contra Ivory.

Ella dejó caer su ballesta y cogió al lobo, que chocó contra su cuerpo a la altura del pecho y la hizo trastabillar hacia atrás. La tormenta de nieve le azotó la cara despiadadamente y le rasguñó las partes expuestas del cuerpo mientras caía, con el lobo encima. Dejó a un lado al desvalido macho alfa con toda la suavidad posible y se arrastró rápidamente hacia adelante, reptando sobre la nieve como una serpiente. Cogió la ballesta y la cargó mientras se deslizaba por

el suelo. Disparó velozmente y le dio al vampiro con tres flechas, hasta plantarse frente a él. Con el puñal firmemente cogido por la empuñadura, se lo hundió, sintiendo cómo la hoja rasgaba huesos y tejidos, procurando llegar hasta el corazón.

El vampiro retrocedió, escupiendo baba y sangre por la boca. Intentó hundirle el puño en el pecho a Ivory y llegar hasta su corazón, pero dio contra la doble hilera de hebillas. Con un aullido horrible, retiró la mano y las marcas de las quemaduras quedaron visibles en sus nudillos. Los diminutos relieves de las cruces de plata, bañadas en agua bendita, le quemaron la carne casi hasta los huesos.

El vampiro rugió y quiso herirla en la garganta a pesar de los lobos que le mordían los brazos y no lo soltaban. Rasguñó a Ivory en el cuello y el hombro y le arrancó la piel mientras se retorció desesperadamente. El macho alfa arremetió contra el pecho del vampiro y lo apartó de Ivory antes de que alcanzara a hundirle las garras y perforarle la yugular.

De un salto, ella estuvo sobre él y le asestó un golpe, buscando el corazón, ignorando el ácido que le chorreó los guantes y empezó a corroerlos rápidamente. El vampiro se debatió e intentó arañarla, pero los lobos lo clavaron en su sitio mientras Ivory le arrancaba el corazón negro y palpitante. Lo lanzó lejos y alzó una mano al cielo.

El rayó brotó de la nada, una luz zigzagueante que encontró el órgano y lo fulminó con una descarga que sacudió el suelo. Los lobos saltaron para apartarse y el relámpago de energía purificadora buscó el cuerpo, que quedó incinerado junto a las puntas de flecha, ahora limpias del veneno. Con gesto cansado, Ivory dejó que sus guantes se bañaran en aquella luz y luego se dejó caer sobre la nieve. Quedó un momento sentada con la cabeza inclinada, luchando por recuperar el aliento y con los pulmones ardiendo por falta de aire.

Uno de los lobos le lamió las heridas para intentar aliviarla. Ella consiguió sonreír y hundió la mano en el grueso pelaje de la hembra alfa y frotó la cara contra su piel para encontrar consuelo. Aquellos lobos, que la habían salvado de la muerte hacía muchos años, tantos que ya ni siquiera lo recordaba, eran sus únicos compañeros, su fa-

milia. Desde entonces, ella pertenecía a la manada, y no profesaba lealtad a nadie más que a ellos.

—Ven aquí, *Raja* —canturreó, mirando al enorme macho—. Déjame mirar el daño que has sufrido.

El macho alfa, que seguía atrapado detrás del escudo que ella había creado para proteger a la manada del vampiro, respondió con un rugido. *Raja* lo ignoró como lo había hecho tantas veces a lo largo de los años. La manada natural vivía y moría según el ciclo de la naturaleza, y él había aprendido que esas pequeñas rivalidades no lo tocaban. Miró al macho alfa con un desprecio no disimulado y se arrastró hasta Ivory y se tendió de lado para que ella examinara sus heridas. Lo había sanado innumerables veces a lo largo de los años, así como sus hermanos y hermanas habían sanado las heridas de la ejecutora con su saliva, que contenía agentes curativos.

Ivory hundió las manos en el suelo congelado y escarbó hasta encontrar la tierra fértil, le cubrió las heridas y luego lo abrazó.

—Gracias, hermano. Como tantas otras veces, me has salvado la vida.

El lobo frotó el morro contra su mano y esperó pacientemente mientras ella examinaba a cada uno de los miembros de la manada. La hembra más fuerte, *Ayame*, así llamada en honor a la demoníaca loba princesa, se acurrucó junto a él, inspeccionó sus heridas y le lamió los demás rasguños recibidos. Los compañeros de la camada componían el resto del grupo: *Blaez*, su lugarteniente; *Farkas*, el último macho, y *Rikki* y *Gynger*, las dos hembras más jóvenes. Se reunieron todos en torno a Ivory y se tendieron a su lado, apretándose contra ella, herida y magullada, para intentar ayudarla.

Los compañeros de la camada, nacidos de diferentes padres, tenían todos un sello distintivo, con su pelaje plateado y exuberante, y todos eran más grandes de lo normal, incluyendo las dos hembras más pequeñas. Habían conservado los ojos azules de sus tiempos de cachorro cuando, muchos años antes, Ivory había seguido la huella de sangre y muerte hasta su madriguera y había encontrado los cuerpos mutilados de la manada de lobos. Ya por aquel entonces, se había convertido en el azote de los vampiros, apenas un murmullo,

el comienzo de una leyenda, y ellos habían intentado destruirla. En su lugar, habían matado y mutilado a los lobos de la manada cuya amistad ella se había ganado.

Encontró los cachorros al borde de la muerte, debatiéndose, sus cuerpos malheridos, arrastrándose sobre el suelo cubierto de sangre, intentando buscar a sus madres. No soportaba la idea de perderlos, su única familia, su único contacto con la calidez y el afecto, y en un gesto de absoluta desesperación, les había dado de su propia sangre para mantenerlos vivos. Era la sangre de los carpatianos, caliente y curativa. Entonces se quedó en la madriguera con ellos, lejos de la luz del día, a riesgo de perecer ella misma de hambre. Después, se vio obligada, por pura desesperación, a tomar pequeñas cantidades de sangre de ellos para mantenerse con vida. No se había percatado de que llevaba a cabo un intercambio de sangre hasta que el cachorro más grande y dominante de la camada empezó a sufrir los cambios.

Los cachorros habían conservado sus ojos azules a medida que crecían, y habían adquirido la capacidad de mutar de forma gracias a la sangre carpatiana. Su capacidad de comunicarse con Ivory los había salvado y les dio la función cerebral necesaria para vivir a través de la conversión. Al igual que ella, habían sido heridos mil veces en la batalla, pero en el último siglo habían aprendido con éxito a abatir a los vampiros, y los siete habían adquirido la costumbre de trabajar en equipo.

Ivory permaneció tendida en la nieve dejando que su cuerpo absorbiera el dolor de las heridas. La que tenía en el cuello le latía y quemaba, y supo que debía limpiarla enseguida. Ella era inmune al frío, como todos los carpatianos. Su raza era antigua como el tiempo, casi inmortal, según había descubierto, horrorizada, cuando el hijo del príncipe la había traicionado y sacrificado a los vampiros en aras de su propio interés. Nunca había vivido una agonía tan horrible, una lucha interminable en las entrañas de la tierra a medida que pasaban los años y su cuerpo se negaba a morir.

Tal vez profiriera algún gemido, aunque no se oyó a sí misma. Creía que su grito había sido silencioso, pero los lobos se le acerca-

ron, procurando darle alivio, y la manada al otro lado del escudo protector lanzó su aullido como una llamada. Mientras miraba el cielo nocturno, dejó que sus lobos aplacaran su dolor, pues su amor y devoción eran como un bálsamo cada vez que pensaba en su vida en el pasado. Las horas transcurrían inexorablemente. Y aquella hora del día era un enemigo tan temible como el vampiro. Tenía que darse prisa en volver a la guarida, y aún quedaba mucho por hacer antes de que llegara el alba.

Ivory se llevó los dedos a los ojos dolientes y se obligó a moverse. Antes que nada, se deshizo del veneno que le había quedado en las lesiones que le habían dejado las garras venenosas del vampiro al infligirle las heridas. Los vampiros que se habían unido se servían de diminutos gusanos parásitos para identificarse unos a otros, y esos parásitos infectaban cualquier herida abierta. Tuvo que eliminarlos rápidamente a través de los poros antes de que la infectaran y requirieran una curación en profundidad. Volvió a invocar al rayo para acabar con ellos antes de mezclar la tierra con la saliva para sanar sus propias heridas.

—¿Preparados? —preguntó a su familia, al tiempo que recogía sus armas y devolvía las flechas usadas a sus presillas. Nunca dejaba una flecha ni ningún arma, y se cuidaba de que su fórmula no cayera en manos de los vampiros, o incluso peor, que cayera en manos de Xavier, su enemigo mortal.

Ivory extendió los brazos y la manada se alzó al unísono, formando el abrigo largo al mutar de forma, cubriéndole el cuerpo, dejando que la capucha se acomodara sobre su cabeza y el pelaje la rodeara con calidez y afecto. Ella nunca estaba sola cuando viajaba con su manada. Fuera donde fuera, sin importar los días o semanas que viajara, ellos la acompañaban e impedían que cediera a los embates de la demencia. Había aprendido a estar sola y poseía la cautela típica de los lobos frente a los extraños. No tenía amigos, sólo enemigos, y se sentía cómoda de esa manera.

Mientras avanzaba a través de la nieve, hizo que el escudo protector se disolviera con un gesto de la mano. La manada de lobos se reunió en torno a ella, acercándose a sus piernas y alejándose, olis-

queando su abrigo y sus botas, saludándola como un miembro de la manada. El macho alfa marcaba territorio en cada arbusto y cada árbol de los alrededores para cubrir las marcas dejadas por *Raja*. Ivory puso los ojos en blanco al ver ese despliegue de afán de dominación.

—Los machos son iguales en todo el mundo, sin importar la especie a la que pertenezcan —dijo, en voz alta, mientras examinaba a los lobos uno por uno para cerciorarse de que el vampiro no les había hecho daño.

—Veamos —continuó—. Hay que alimentarnos antes de que llegue el alba. Tengo mucho que andar y la noche ya se va —advirtió a los lobos. Cogió al macho alfa por el morro y lo miró a los ojos. *Encontrad una presa y traédmela y yo la abatiré para vosotros. Pero daos prisa, porque no me queda demasiado tiempo.*

A pesar de que siempre le hablaba a su manada y ellos la entendían, le resultaba más fácil transmitir la orden a sus animales salvajes por medio de imágenes en lugar de palabras. Al mismo tiempo, añadió un matiz de urgencia. Debía pensar en volver a su guarida. Normalmente, lo haría volando, y como cada una de sus armas estaba hecha de algo natural que podía mutar con ella, eso le permitía transportar su arsenal a lo largo de grandes distancias. Sin embargo, antes que nada tenía que encontrar alimento para la manada. No quería perderlos en medio del invierno y otra tormenta se acercaba velozmente.

La manada de lobos se dispersó y volvió a internarse en el bosque en busca de una presa. Ivory se puso la ballesta al hombro y empezó a caminar a través de la espesura en dirección a su hogar. Sólo tendría que andar unos cuantos kilómetros antes de que los animales le trajeran algo, pero estaría más cerca de casa y de la seguridad.

Ella entendía poca cosa acerca de los modos de vida modernos. Había permanecido tanto tiempo enterrada en las entrañas de la tierra que el mundo le pareció un lugar desconocido al despertar. Con el pasar del tiempo, se había enterado de que Mikhail, el hijo del príncipe, lo había reemplazado como gobernante de los carpatianos,

y de que su lugarteniente era, como siempre, un Daratrazanoff. Sabía poca cosa más acerca de ellos, pero incluso el mundo carpatiano había cambiado radicalmente.

Eran muy pocos los que quedaban de su especie, y la raza se encontraba al borde de la extinción. ¿Quién sabía qué ocurriría? Quizá fuera todo para lo mejor. Quizá su tiempo ya hubiera pasado. Habían nacido tan pocas mujeres y niños en los últimos tiempos que la raza casi había sido borrada de la faz de la Tierra. Ya no formaba parte de ese mundo, como tampoco pertenecía a aquel mundo moderno y nuevo. Sabía poca cosa acerca de la tecnología, con excepción de los libros que había leído, y no tenía idea de cómo sería vivir en una casa o en una aldea, en un pueblo o, Dios no lo quisiera, en una ciudad.

Empezó a caminar más de prisa y volvió a mirar el cielo. Daría a la manada otros veinte minutos para encontrar una presa antes de emprender el vuelo. Tal como se encontraban las cosas, estaba jugando con su suerte. No quería que la sorprendiera la luz del alba. Había pasado tanto tiempo en las entrañas de la tierra que no había desarrollado la resistencia ante la luz del sol como lo hacían muchos de los suyos, que eran capaces de permanecer en el exterior en las primeras horas de la mañana. En cuanto el sol empezaba a asomar, sentía el dolor de la quemazón.

Desde luego, quizá tuviera algo que ver con lo mucho que había tardado su piel en renovarse, arrancada de su cuerpo hasta que no quedaron más que huesos y una masa de tejidos desgarrados. A veces, cuando acababa de despertarse, seguía sintiendo las hojas de las espadas que cortaban huesos y órganos, cortándola en pequeños trozos que quedaron esparcidos por el campo para que fueran devorados por los lobos. Recordaba el ruido de sus risas ásperas mientras ejecutaban las órdenes que les había dado su peor enemigo, Xavier.

El viento empezó a soplar con fuerza y unas nubes oscuras pasaron por encima de su cabeza, anunciando la tormenta. Ivory buscó el refugio de los árboles y cerró los ojos para encontrar a la manada de lobos. Habían descubierto un ciervo hembra, delgada y agotada por el invierno, cojeando levemente debido a una herida. La

manada la había perseguido turnándose unos con otros hasta conducirla hacia ella.

Así que susurró suavemente, pidiendo el perdón del animal, explicando la necesidad de alimentar a la manada mientras preparaba su arma y esperaba. Pasaron los minutos. El hielo se quebró con un sonoro crujido, perturbando el silencio. Cuando la cierva apareció entre los árboles y empezó a correr por el terreno helado, Ivory vio que expulsaba nubes de vaho cada vez que respiraba agitadamente.

Detrás de la cierva corría un lobo de grandes patas, silencioso, letal y hambriento, recortando terreno a lo largo del claro helado. El resto de la manada se acercaba desde diversos ángulos, obligando al animal a ir directamente hacia ella. Habían cazado con ese método en más de una ocasión, en tiempos difíciles, lo cual implicaba acorralar al animal y conducirlo hasta su posición.

Ivory esperó hasta tener al animal a tiro. No quería que la cierva sufriera antes de disparar la flecha y derribarla. Por eso, antes de que el macho alfa se abalanzara sobre el cadáver y gruñera a los demás para que esperaran a que él estuviera saciado, se dio prisa y retiró la flecha. Se alejó rápidamente porque no quería gastar sus energías en controlar una manada hambrienta cuando estaban a punto de devorar su banquete.

Aumentó la velocidad hasta que empezó a correr. De pronto, se lanzó al aire y mutó de forma. Los lobos se deslizaron hasta quedar pegados a su piel y convertirse en feroces tatuajes mientras surcaban el cielo con ella. Ivory siempre experimentaba una gran alegría al viajar de esa manera, como si le quitaran un peso de encima cada vez que emprendía el vuelo. Las nubes negras contribuyeron a aliviar el impacto de la luz en su piel. Quizás el hecho de emprender rumbo a casa era lo que la hacía sentir que su lastre disminuía. Una vez allí, se sentía segura y a salvo del peligro.

Nunca había aprendido a sentirse relajada y tranquila en el suelo, donde sus enemigos podían atacarla desde cualquier dirección. Mantenía en secreto su guarida y jamás dejaba huellas cerca de la entrada, de modo que nadie tuviera la posibilidad de seguirla. Su singular sistema de protección y alarma nunca sería detectado, de

eso estaba segura. La entrada no estaba protegida con los hechizos habituales, de modo que si un carpatiano o un vampiro encontraba su refugio, no sabrían que estaba ocupado, ni siquiera que existía. Hacía muchos años había aprendido a distinguir en qué niveles del subsuelo sus enemigos se encontraban más cómodos, y los evitaba.

A quince kilómetros de su guarida, bajó a tierra y continuó su carrera, tocando apenas el suelo, estirando los brazos para que sus lobos pudieran cazar. Todos necesitaban sangre y, al desplegarse los siete, encontrarían un cazador o una cabaña. Si no lo encontraban, ella se dirigiría a la aldea más cercana y traería la suficiente para alimentar a toda la manada. Siempre que no fuera absolutamente necesario, se cuidaba de no cazar demasiado cerca de su guarida.

Mientras se deslizaba entre los árboles, con la majestuosa montaña alzándose a lo lejos, divisó unas huellas. Quizá se tratara de alguien que había salido a primera hora del alba a buscar leña, o a cazar. Se agachó y palpó las huellas en la nieve. Era un hombre grande. Eso siempre era una buena señal. Y estaba solo. Aquello era todavía mejor. Sintió que el hambre la acuciaba, ahora que se había permitido tomar conciencia de ello. Siguió las huellas de las pisadas y al macho que se había internado entre los árboles.

El bosque se abría sobre un claro, donde vio una cabaña y una pequeña caseta. Un arroyo cortaba en dos el terreno que la rodeaba. Normalmente, la cabaña estaba vacía, pero ahora las huellas llegaban hasta la puerta y se perdían en el interior. Una leve columna de humo empezó a salir de la chimenea, lo cual le advirtió que el hombre acababa de entrar en ella y había encendido el fuego.

Ivory lanzó la cabeza hacia atrás y aulló para llamar a sus lobos. Esperó en el límite del claro y vio que el hombre salía de la cabaña empuñando un rifle y miraba a su alrededor. Aquella llamada solitaria lo había asustado, y ahora esperó, vigilando el bosque en torno a su hogar.

Ivory volvió a elevarse, moviéndose con el viento, hasta convertirse en parte de la niebla que rodeaba la casa. Se quedó esperando por encima de su presa, sobre el techo, mientras el hombre escudriñaba el bosque y luego, murmurando una imprecación, volvía al

interior. Ivory vio las sombras que se movían sutilmente entre los árboles y les hizo una señal. La manada se agazapó y se quedó esperando.

La ranura debajo de la puerta era lo bastante ancha para que la voluta de niebla pudiera penetrar, e Ivory entró en la habitación, ahora templada por el fuego chisporroteante del hogar. Había un solo espacio, con una chimenea pequeña y un fogón y escasas comodidades. En los tiempos que corrían, ni siquiera los aldeanos más pobres tenían esas pocas comodidades. Observó al hombre desde un rincón oscuro de la habitación mientras vertía agua en una tetera y la ponía a hervir al fuego.

Cruzó la sala y se materializó casi frente a él, deslizándose entre la chimenea y su persona. Con su poder mental intentó penetrar en su pensamiento para calmarlo y volverlo más dócil. Él abrió desmesuradamente los ojos y luego su mirada se nubló. Ivory lo llevó hasta una silla donde pudo sentarlo. Ella era alta, más que muchas mujeres de las aldeas de los alrededores, un rasgo heredado de su linaje carpatiano. Sin embargo, aquel hombre era alto y corpulento. Encontró el pulso que latía en su cuello y le hundió profundamente los dientes.

El sabor de aquella rica sangre caliente era exquisito, y sintió que sus células se llenaban y rebosaban de vida. A veces se olvidaba de lo agradable que era darse ese festín con la auténtica sustancia. La sangre animal podía sustentarla, pero la verdadera fuerza y energía provenía de los seres humanos. Ivory saboreó hasta la última gota, disfrutando de aquella fuente de vida, y agradecida con el hombre, aunque él no recordaría haber sido su donante. Decidió crear un sueño en su mente, levemente erótico y muy placentero, porque no quería que la experiencia fuera desagradable para él.

Pasó la lengua por las heridas que le había dejado en el cuello para borrar los dos orificios, y luego deshizo cualquier rastro que delatara su paso por allí. Buscó agua, se la acercó a la boca y le ordenó beber, y luego dejó un segundo vaso a su alcance. Antes de partir, lo abrigó con una manta para que conservara su temperatura corporal.

La manada la esperaba en la espesura del bosque y todos la rodearon en cuanto ella los llamó. El primero en acercarse fue el macho alfa. Se apoyó en su rodilla cuando ella se agachó y ofreció el brazo, de donde fluía la sangre. El lobo lamió su muñeca izquierda, mientras la hembra hacía lo mismo con su muñeca derecha. Alimentó a los seis lobos y quedó sentada sobre la nieve mientras se recuperaba. Había tomado una buena cantidad de sangre del leñador, aunque cerciorándose de que el hombre pudiera reponerse, porque no quería arriesgarse a que se congelara y muriera antes de que pudiera recuperarse. Ivory había quedado algo cansada después de su combate con los vampiros y de haber alimentado a la jauría.

Se incorporó lentamente y estiró los brazos, esperando que los lobos volvieran a convertirse en tatuajes y le cubrieran la piel. Cuando los animales se integraron en ella, se sintió algo más viva porque ellos le transmitían su propia energía. Una vez más, corrió y alzó el vuelo, al tiempo que mutaba de forma y le daba alas a su cuerpo para luego elevarse por encima del bosque y emprender el rumbo a casa.

Las nubes estaban cargadas y en el aire soplaban ligeras rachas de viento que tapaban el sol naciente. Frente a ella se alzaban las montañas, enormes y coronadas por la nieve, por debajo de cuyas cumbres y capas de roca se ocultaba la calidez del hogar. Se dio cuenta de que sonreía. *Hemos llegado a casa*, pensó, y lo transmitió a los lobos. *Ya casi estamos*. Tenía que examinar el terreno en busca de posibles merodeadores.

Sintió que, al igual que ella, los lobos también se valían de sus sentidos porque nunca daban por sentado que el terreno estuviera despejado. Durante años, había sido su manera de mantenerse con vida, sin jamás confiar en nadie, ni cruzar palabra con nadie, a menos que se encontrara lejos de su morada. Tampoco dejaba huella ni rastro alguno. La ejecutora aparecía y luego se esfumaba.

Volando en círculos cada vez más cerrados, Ivory se acercó a su guarida, atenta como siempre a los puntos vacíos que pudieran señalar la presencia de un vampiro, y alerta ante la perturbación del campo de energía, que significaba que un mago podría encontrarse en los alrededores.

Cuando inició su descenso en espiral, percibió algo extraño, y lo mismo sucedió con los lobos. Allí abajo, a través de las capas de niebla, tuvo un atisbo de alguna cosa oscura que yacía inmóvil en la nieve. Comenzó a nevar, lo cual le dificultó la visión, y supo por aquella sensación de extrañeza que le recorrió todo el cuerpo, que el sol ya había comenzado a asomar en el horizonte. Todos sus instintos le dijeron que se diera prisa y llegara a su guarida antes de que el sol apareciera por encima de las cumbres, si bien algo más antiguo y profundo la disuadía.

No podía hacer caso omiso del cuerpo tendido sobre la nieve que ya empezaba a quedar cubierto por los copos que caían. *O köd belsó* —que la oscuridad se lo lleve. Con ésa y otras antiguas imprecaciones carpatianas que habrían espantado a sus cinco hermanos en los viejos tiempos, cuando ella era su protegida, su pequeña y adorable hermana pequeña, bajó hasta posar los pies en la nieve y extendió los brazos para permitir que su jauría también tocara tierra.

Los lobos se acercaron al cuerpo con cautela y dibujando un círculo en silencio. El hombre no se movió. Tenía la ropa hecha jirones, y asomaba parte de su torso y su vientre pálidos ante los ojos brillantes y hambrientos. *Raja* se acercó, sólo un par de pasos, mientras el resto de la jauría seguía desplazándose en un círculo alrededor del cuerpo. La hembra alfa, *Ayame*, se acercó por detrás del macho y *Raja* se giró y le lanzó un gruñido de advertencia. *Ayame* dio un salto hacia atrás y se giró de golpe para enseñarle los colmillos a su compañero.

Ivory se acercó con pasos cautelosos mientras *Raja* seguía olisqueando al hombre caído. No había duda de que había sido un macho poderoso. Era varios centímetros más alto que los seres humanos normales. Tenía una cabellera larga y espesa de color entrecano, hirsuta y sucia. En las gruesas mechass se veían pegados restos de sangre y polvo que le habían dejado el pelo apelmazado. Ivory se inclinó junto a *Raja* para tener una visión más detenida. Algo en ella se removió.

Respirando con dificultad, se apartó bruscamente, dispuesta a huir. El hombre tenía los huesos gruesos de los machos carpatianos,

una nariz recta, aristocrática, y en su rostro, antaño bello, se adivinaban arrugas profundas de sufrimiento. Sin embargo, lo que más le llamó la atención y la aterró fue la marca de nacimiento que se veía por debajo de su camisa delgada y desgarrada. Vio el dragón en la cadera. No era un tatuaje. Aquel hombre había nacido con aquella marca.

Un cazador de dragones. Ivory se quedó un buen rato sin aliento. A su alrededor, la nieve siguió cayendo y el mundo se volvió blanco y todos los ruidos quedaron apagados. Ella oía los latidos de su propio corazón, demasiado rápido, sintiendo que la adrenalina se derramaba en su organismo y la sangre le rugía en los oídos.

Raja la tocó en la pierna con el morro, como insinuando que deberían dejar el cuerpo donde estaba. Ivory respiró, aunque apenas logró que el aire llegara a sus pulmones. Empezó a temblar. Se giró hacia los lobos y con un gesto los hizo apartarse, aunque sus pies se negaban a moverse. No podía dar ni un solo paso. Aquel hombre de rostro desgarrado, demasiado delgado y con el pulso apenas vivo, la estrechó en sus brazos.

Ivory alzó la cabeza hacia el cielo y dejó que la nieve la cubriera como una máscara blanca.

—¿Por qué ahora? —preguntó, con voz queda. Una plegaria. Una oración—. ¿Por qué me pides esto ahora? ¿Acaso no crees que ya me has pedido suficiente? —Se quedó esperando una respuesta. Quizás un rayo que se descargara del cielo. Algo. Cualquier cosa. Su súplica, apenas susurrada, sólo obtuvo un silencio implacable como respuesta.

Raja gimió varias veces. *Ven, hermanita, déjalo. No cuesta mucho ver que él te perturba. Vamos, antes de que el sol acabe de salir.*

Por primera vez en cientos de años, había olvidado el sol. Se había olvidado de tomar sus precauciones. Todo lo que sabía, todo lo que había aprendido... todo había desaparecido a causa de ese hombre. Ella deseaba irse. *Tenía* que irse, pero todo la atraía hacia ese hombre. *Päläfertuilam, el compañero eterno, su* compañero eterno. La maldición de toda mujer carpatiana.